

Resulta obligado decir, antes que cualquier cosa, que este nuevo libro de Enrique Florescano revela el talento y la perspicacia de un historiador consumado, pionero, que recorre territorios historiográficos novedosos. Es cierto que se han publicado algunos libros que recogen unas u otras de las imágenes que ha beneficiado Florescano en el suyo; pero la mayoría de ellos, sino es que todos, las analizan desde la perspectiva de la historia del arte, es decir, poniendo el énfasis en la jerarquía que deriva de sus méritos artísticos. Son muy pocos, pues, los historiadores que se ocupan de los materiales visuales más allá de los límites del arte o del decorado que embellece los libros.

Más específicamente, Florescano es uno de los pocos historiadores que acomete el estudio del proceso secular de la construcción del mito de la identidad mexicana, a partir del análisis de un número considerable de representaciones visuales. Pero con la particularidad de que el tratamiento de las imágenes no prescinde, sino todo lo contrario, de los contextos políticos y socioculturales en que se producen y, además, vinculándolas con una tradición secular, que arranca de la época virreinal, sin descuidar los antecedentes prehispánicos.

Por lo demás, la prosa elegante y cuidada del autor, junto a la impresionante colección de imágenes que pudo reunir, hacen que el lector se embarque en un periplo gozoso, emotivo y, en ocasiones, patriótico, que va de la Diosa de la tierra pintada en Teotihuacan hasta la memorable y morena rotundez de la patria que González Camarena plasmó en aquellos libros de texto que algunos todavía alcanzamos a utilizar. El esfuerzo de construir una idea de nación que fuese compartida por todos los mexicanos, y que pudiese sintetizarse en una imagen rápida y poderosa, queda descrita y

explicada de manera brillante en este libro.

Ahora bien, hay algunos aspectos que me han llamado mucho la atención. Por ejemplo, el de la periodización que se postula en el libro: la época prehispánica, el virreinato, la independencia, la reforma, el porfiriato, la revolución, y el México posrevolucionario dividido a su vez en tres subperiodos. No es difícil advertir que se trata de una división cronológica en buena medida convencional, a pesar de que las fuentes documentales de las que se sirve el libro no lo sean en absoluto. Y aquí me pregunto si esto tiene que ver con el papel preponderante del poder político en la fabricación de las imágenes de la patria. Porque a partir sobre todo de la independencia, la nación y el Estado, en la medida en que se fortalecen, se vuelven más eficaces a la hora de imponer sus demandas y exigencias a los individuos.

Creo que esto está también relacionado con la impresión de conjunto que queda después de la lectura del libro, es decir, el éxito casi absoluto en los afanes de imponer una imagen de la patria a los mexicanos. A lo largo del texto se señalan desde luego las distintas y contrastantes ideas a la hora de definir a México y a los mexicanos: por ejemplo la visión de Altamirano y Ramírez según la cual somos hijos de Hidalgo y de la Revolución Francesa, y no de Mesoamérica ni de la Nueva España; o la visión integral, conciliadora y estable que se ofrece en *México a través de los siglos*; o las opiniones críticas de Luis Cabrera y Jorge Cuesta a la idea corporativista de la nación.

Muy sutilmente se observa la expresión de estas diferencias en las imágenes patrióticas: el gorro frigio que usa la patria o que corona al águila en el nopal; o el cambiante color de la tez de la patria, que a veces es blanco criollo, a veces moreno mestizo. Pero al final de cuentas parece que se impone una lectura normativa de las representaciones visuales, pues los rasgos esenciales de la simbología nacionalista fueron fijados desde épocas tempranas: el águila sobre el nopal que devora a la serpiente y la figura femenina envuelta en una túnica. Sobre todo el primero de ellos, el del águila sobre el nopal, que se convirtió en el símbolo nacional por excelencia. A este tema Florescano ya le ha dedicado un pequeño estudio, en donde explica la manera en que

este emblema de raíces prehispánicas se fundió con los símbolos políticos y religiosos coloniales para imponerse finalmente como escudo nacional, con la fuerza que le dio su antigüedad y su representatividad americana (*La bandera mexicana. Breve historia de su formación y simbolismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998).

Quizá por ello se vean pocos usos subversivos de las imágenes patrióticas, y es de llamar la atención que las revoluciones fundantes de la nación, la de 1810 y la de 1910, no hayan generado de manera profusa una imaginería patriótica, como sí lo hizo por ejemplo la Revolución Francesa. Resulta ilustrativo –valga la paradoja– que en el capítulo 6, dedicado a las ideas de patria y nación en la Revolución Mexicana, prácticamente no haya una imagen de la patria, salvo las de Posada pero que son anteriores al movimiento armado, y la figura 15 de la página 280 que reproduce el himno nacional dedicado a Venustiano Carranza.

Y algo similar ocurre con la guerra de independencia de 1810: fuera de algunos estandartes utilizados por los principales líderes rebeldes y los sellos oficiales de la Junta de Zitácuaro, no se conocen representaciones visuales de la patria elaboradas o reelaboradas por los insurgentes. Habría que recordar, en este caso, que varias de las monedas que mandaron acuñar los rebeldes tenían imágenes, pero no de la patria sino del rey Fernando VII. Por lo menos las que acuñaron en una Hacienda llamada San Pedro, en Guanajuato, y otras que circularon en Huauchinango y Zacatlán, lo que obligó a emitir un bando virreinal en el que se prohibía aceptarlas o entregarlas al gobierno.

Creo que hay que insistir en la fuerza sorprendente que adquirió el emblema del águila y el nopal como símbolo nacional, que terminó por imponerse, al menos en los usos oficiales, a la imagen de la virgen de Guadalupe, y que es también mucho más representativa que la figura femenina de la patria. El emblema tiene el prestigio de lo antiguo, que casa muy bien con la obsesión nacionalista de inventarse un pasado remoto; y tiene también la fuerza de simbolizar a la patria, a la tierra de los padres, y casi todos los seres humanos sentimos amor al terruño,

somos patriotas, aunque no necesariamente nacionalistas. Así que sus posibles objeciones –su filiación nahua que excluye todo el territorio que no es mesoamericano, y que podría haber generado reticencias de los sectores más típicamente criollos e hispanistas– terminaron por no serlo.

Y desde luego que en este proceso que llevó a las imágenes de la patria a tener una amplia resonancia popular contó mucho la labor del Estado y de las elites culturales, preocupadas por encuadrar a los mexicanos en sistemas políticos e ideológicos unificadores, para lo cual diseñaron una labor de ingeniería social nacionalista en la que las imágenes han jugado un papel fundamental. El drama fue que el patriotismo y sus imágenes fueron expropiados por el nacionalismo estatal, sobre todo en tiempos del porfirismo y de la posrevolución.

Pero, ¿qué imagen de la patria y de la nación tenemos ahora los mexicanos? Del águila *mocha* mejor ni hablar, pues fue un desatino más de la administración foxista. Pero con toda seguridad que, más que una, tenemos varias imágenes, en las que se cruzan, chocan y conviven las sensibilidades religiosas, la diversidad regional y la desigualdad social, el odio y la admiración simultáneas a los Estados Unidos, nuestra cambiante memoria histórica, nuestra todavía no resuelta relación con el legado español, y sobre todo nuestra perplejidad y desconcierto con los pueblos indios.

Pero quiero referirme, para terminar, a uno de esos asuntos que nos atañe particularmente como historiadores, y que Florescano trata en el último capítulo del libro, el de la producción historiográfica. Ahí se hace una crítica demoledora a las instituciones de educación superior y en particular al gremio de los historiadores. Afirma Florescano que ahora que hay muchísimas más instituciones dedicadas a la historia, y más historiadores también, respecto de los que había hace algunas décadas, no se observa sin embargo una mejoría en la calidad de la enseñanza o de la investigación histórica. Y ello lo atribuye al dominio corporativo y sindical que se ha apoderado de las universidades y centros de investigación, que obstaculiza o excluye la competencia. Por esa razón, señala, se está haciendo más y mejor

investigación histórica sobre México fuera de México, sobre todo en los Estados Unidos, hasta el punto que en cosa de 20 años México será investigado, descubierto y apropiado por extranjeros.

Y señala otro dato que no por sabido deja de ser alarmante: una gran parte de los libros que publican las universidades son francamente malos, pues no pasan por sistemas de evaluación rigurosos y objetivos, y terminan por almacenarse en las bodegas. Y como las universidades quieren presumir de su alta producción editorial y los profesores quieren agregar un punto más en sus *curricula*, prefiriendo la cantidad a la calidad, el perverso sistema se reproduce. Así, tenemos que los profesores universitarios no cambian casi nunca de universidad, pues en la suya tienen aseguradas publicaciones y ascensos; y desde luego no se arriesgan a tratar de publicar en editoriales comerciales, o a dotar a las editoriales universitarias de criterios de calidad y orientarlas a las exigencias del mercado.

El diagnóstico es implacable y, desgraciadamente, certero; y por ello debemos decir algo, por lo menos en descargo. En primer lugar, que los sistemas de evaluación no siempre están diseñados para premiar la calidad, de tal suerte que quienes no rechazamos al SNI y estamos dispuestos a responder a la exigencia de realizar nuevas y mejores obras a un ritmo temporal continuo, nos vemos en la necesidad de someternos a evaluaciones que exigen cantidad y trabajo administrativo, sobre todo en las universidades y centros de investigación de carácter público. En segundo lugar, que quienes quisiéramos tener mejores universidades, somos por lo general una minoría, y resulta muy difícil tratar de cambiar las cosas, pues intentarlo significaría, casi casi, dejar de ser investigador y docente y convertirse en militante de la política universitaria. Y en tercer lugar, que la movilidad de los profesores se obstaculiza también porque, de efectuarse, implicaría una baja en los ingresos relacionada con la pérdida del derecho de antigüedad; y en ese sentido el sistema universitario debería diseñar un mecanismo para que esto no suceda.

En fin, son acotaciones al margen estas últimas, pero necesario hacerlas en vistas de las críticas apreciaciones de Florescano. Por lo

